

## ACTO QUINTO

### ESCENA PRIMERA

*La selva.*

(*Entran PIEDRADETOQUE y TOMASA.*)

PIEDRADETOQUE.— No faltará ocasión, Tomasa; paciencia, linda Tomasa.

TOMASA.— A fe que el cura era bastante bueno, por más que dijera aquel viejo señor.

PIEDRADETOQUE.— ¡Un infame don Oliverio, Tomasa, un vilísimo Degüellatextos! Pero, Tomasa mía, hay un mozo aquí en la selva que te pretende.

TOMASA.— Sí, ya sé quien es: no tiene nada que ver conmigo, ni pizca. Aquí viene el mozo que decís. (*Entra BLAS.*)

PIEDRADETOQUE.— La vista de un patán es un refrigerio para mí. A fe que nosotros, los hombres de chispa, tenemos graves cargos de conciencia. Hemos de estar siempre burla que te burla; no lo podemos evitar.

BLAS.— Buenas tardes, Tomasa.

TOMASA.— Buenas te las dé Dios, Blas.

BLAS.— Y a vos también muy buenas tardes, hidalgo.

PIEDRADETOQUE.— Buenas tardes, mi buen amigo. Cubre esa cabeza, cubre esa cabeza; por Dios, ruégote que te cubras. ¿Cuántos años tenéis, amigo?

BLAS.— Venticinco, hidalgo.

PIEDRADETOQUE.— Edad madura. ¿Blas es tu nombre?

BLAS.— Blas, hidalgo.

PIEDRADETOQUE.— Bonito nombre. ¿Naciste aquí en la selva?

BLAS.— Sí, señor, a Dios gracias.

PIEDRADETOQUE.— ¡A Dios gracias! ¡Brava contestación! ¿Eres rico?

BLAS.— Así, hidalgo; tal cual.

PIEDRADETOQUE.— Tal cual es bueno, muy bueno, extraordinariamente bueno; sin embargo, no es más que tal cual. ¿Eres discreto?

BLAS.— Sí, señor; tengo buen caletre.

PIEDRADETOQUE.— ¡Bravo, bien dicho! Esto me trae a la memoria cierto adagio: “El necio se cree discreto, pero el discreto sabe que es necio”. Cuando el filósofo griego tenía gana de comerse una uva, solía abrir los labios al metérsela en la boca, dando a entender con eso que las uvas se han hecho para comer, y los labios para abrirse. ¿Amáis a esta moza?

BLAS.— La amo, señor.

PIEDRADETOQUE.— Dadme la mano. ¿Eres instruído?

BLAS.— No, señor.

PIEDRADETOQUE.— Pues toma de mí esta instrucción: tener es tener; porque es una figura de retórica que la bebida, escanciada de un jarro en un vaso, deja vacío el uno a medida que va llenando el otro; pues todos los autores están conformes en que *ipse* es aquél: ahora bien, vos no sois *ipse*, porque yo soy aquél.

BLAS.— ¿Cuál aquél, señor?

PIEDRADETOQUE.— Aquél, amigo, que se ha de casar con esta mujer. Por tanto, vos, patán, abandonad —es decir, hablando en vulgo, dejad la sociedad—, es decir, en rústico, el trato de esta hembra, es decir, en lenguaje común, de esta mujer; o sea, todo junto; abandonad la sociedad de esta hembra; de otra suerte, patán, peredes, o sea, para tu mejor inteligencia, mueres; es decir, te mato, te despacho al otro mundo, trocaré tu vida en muerte, tu libertad en cautiverio. Emplearé contra ti el veneno, la zurra, o el acero; levantaré facciones contra ti; te apabullaré con mi política; te mataré de ciento cincuenta maneras. Por tanto, tiembla, y lárgate.

TOMASA.— Hazlo, buen Blas.

BLAS.— Dios os conserve el humor, hidalgo. (*Vase BLAS.*)  
(*Entra CORINO.*)

CORINO.— Nuestros amos os buscan: venid, venid.

PIEDRADETOQUE.— Anda ligera, Tomasa; anda ligera, Tomasa. Ya te sigo. Ya te sigo. (*Vanse.*)

## ESCENA II

### *La selva.*

(*Entran ORLANDO y OLIVERIO.*)

ORLANDO.— ¿Es posible que conociéndola tan breve tiempo os gusté tanto? Apenas la visteis, cuando la amasteis; apenas la amasteis, cuando la cortejasteis, y apenas la cortejasteis, cuando ella consintió. ¿Y persistís en la idea de conseguirla?

OLIVERIO.— No pares mientes ni en el arrebato de mi pasión, ni en la pobreza de ella, ni en nuestro breve trato, ni en mi repentino galanteo, ni en su repentino consentimiento; sino decid conmigo: amo a Aliena: decid con ella que me ama a mí; consentid con ambos, a fin de que podamos lograr nuestro mutuo deseo: será en provecho vuestro, pues os haré donación de la casa de mi padre, juntamente con todas las rentas que fueron del viejo Sir Roldán; y viviré y moriré aquí como pastor.

ORLANDO.— Tenéis mi consentimiento. Que se celebre vuestra boda mañana; convidaré a ella al Duque y a todo su festivo séquito. Id a advertir a Aliena, pues ved cómo se acerca mi Rosalinda. (*Entra ROSALINDA.*)

ROSALINDA.— Dios os guarde, hermano.

OLIVERIO.— Y a vos, hermana gentil. (*Vase.*)

ROSALINDA.— ¡Oh, mi querido Orlando! Y ¡qué pena me da el verte llevar el corazón vendado!

ORLANDO.— Es mi brazo.

ROSALINDA.— Creo que tenéis el corazón herido por las garras de un león.

ORLANDO.— Herido está, pero por los ojos de una dama.

ROSALINDA.— ¿Os contó vuestro hermano cómo fingí desmayarme cuando me enseñó vuestro pañuelo?

ORLANDO.— Sí, y aun mayores portentos.

ROSALINDA.— Ya sé lo que queréis decir. Es cierto, a fe; nada hay que se le parezca en lo repentino, si no es el salto de dos carneros, o la célebre baladronada trasónica de César: "Vine, vi, y vencí"; pues apenas se encontraron vuestro hermano y mi hermana, cuando se miraron; apenas se miraron, cuando se amaron; apenas se amaron, cuando suspiraron; apenas suspiraron, cuando se preguntaron el porqué; apenas averiguaron el porqué, cuando buscaron el remedio; y así de grado en grado han ido formando una escalera que conduce al matrimonio, por la cual treparán incontinenti, ó serán incontinentes antes de casarse: se ha apoderado de ellos un verdadero arrebató de amor; quieren juntarse, y espadas no serán parte a separarlos.

ORLANDO.— Se casarán mañana, y convidaré al Duque a la boda. Mas, ¡ay, cuán dura cosa es contemplar la dicha por ojos ajenos! Tanto más cerca estaré yo mañana de la cumbre del desconsuelo cuanto más feliz juzgaré a mi hermano por lograr lo que desea.

ROSALINDA.— Lo que es mañana no os podré hacer las veces de Rosalinda.

ORLANDO.— No puedo sustentarme más con el pensamiento.

ROSALINDA.— Pues no os quiero cansar más con ociosa charla. Sabed, pues, y ahora hablo con formalidad, que sé que sois gentilhombre y bien criado; y os digo esto a fin de que forméis buen concepto de mi sabiduría, por cuanto que digo que sé quien sois; ni aspiro a mayor estimación que a la que fuere parte a infundiros en algún modo una convicción ventajosa para vos, no de lucimiento para mí. Creed, pues, si os place, que soy capaz de hacer maravillas; desde la edad de tres años he tenido trato íntimo con un mágico profundísimo en su arte, y, sin embargo, no condeñable. Si es cierto que amáis a Rosalinda tan de corazón

como lo pregona vuestro comportamiento, os casaréis con ella cuando vuestro hermano se case con Aliena. Sé en qué estrechez la tiene su fortuna; y no es imposible para mí, si a vos no os parece inconveniente, ponerla mañana delante de vuestros ojos en su propia persona, y sin peligro alguno.

ORLANDO.— ¿Habláis con formalidad?

ROSALINDA.— Si tal, por mi vida, que estimo en mucho, aunque diga que soy mágico. Por lo tanto, poneos mañana vuestros mejores arreos, y convidad a vuestros amigos, pues si queréis casaros mañana, os casaréis, y con Rosalinda, si gustáis. (*Entran SILVIO y FEBE.*)

FEBE. Me hicisteis hondo agravio, ingrato joven,  
Con enseñar mi carta al que la trajo.

ROSALINDA. Me importa poco: digo que es mi intento  
Ser áspero con vos y desdeñoso.

Fiel un pastor os sigue enamorado;  
Miradle bien, amadle; os idolatra.

FEBE. Dile lo que es amar, zagal, te ruego.

SILVIO. ¿Amar? Ser todo lágrimas y quejas:  
Cual yo por Febe.

FEBE. Yo por Ganimedes.

ORLANDO. Por Rosalinda yo.

ROSALINDA. Yo por ninguna.

SILVIO. Ser todo abnegación y rendimiento:  
Cual yo por Febe.

FEBE. Yo por Ganimedes.

ORLANDO. Por Rosalinda yo.

ROSALINDA. Yo por ninguna.

SILVIO. ¿Amar decís? Ser todo fantasía,  
Todo pasión, vehemente anhelo todo;  
Ser todo adoración y acatamiento,  
Todo humildad, paciencia e impaciencia,  
Pureza todo, y firme a toda prueba:  
Cual yo por Febe.

FEBE. Yo por Ganimedes.

ORLANDO. Por Rosalinda yo.

ROSALINDA. Yo por ninguna.

FEBE. (A ROSALINDA.)  
Si esto es así, ¿por qué mi amor desdeñas?

SILVIO. (A FEBE.)  
Si esto es así, ¿por qué mi amor desdeñas?

ORLANDO. Si esto es así, ¿por qué mi amor desdeñas?

ROSALINDA. (A ORLANDO.)  
¿A quién decís por qué mi amor desdeñas?

ORLANDO. A la que ausente está, ni puede oírme.

ROSALINDA.— ¡Basta ya, basta por Dios! Esto es peor que oír una manada de lobos aullar a la luna. (A SILVIO.) Os ayudaré a vos, si puedo. (A FEBE.) Os amaría a vos, si pudiese. Mañana júntense todos conmigo. (A FEBE.) Me casaré con vos, si es que alguna vez me casare con mujer alguna; y me casaré mañana. (A ORLANDO.) Os satisfaré a vos, si es que satisfice alguna vez a ser viviente; y os casaréis mañana. (A SILVIO.) Os contentaré a vos, si es que os pueda contentar lo que os gusta; y os casaréis mañana. (A ORLANDO.) Tan cierto como a Rosalinda amáis, acudid. (A SILVIO.) Tan cierto como a Febe amáis, acudid. Y tan cierto como no amo a mujer alguna, acudiré. Con esto, adiós; ya habéis recibido mis órdenes.

SILVIO.— No faltaré, si vivo.

FEBE.— Ni yo.

ORLANDO.— Ni yo. (*Vanse.*)

## ESCENA III

*La selva.**(Entran PIEDRADETOQUE y TOMASA.)*

PIEDRADETOQUE.— Mañana es el día feliz, Tomasa; mañana nos casaremos.

TOMASA.— A fe que lo deseo con toda el alma, y creo que no es ningún deseo deshonesto el de ser mujer de mundo. Aquí vienen dos de los pajes del Duque desterrado. (*Entran dos PAJES.*)

PAJE 1º.— Bien hallado, señor gentilhomme.

PIEDRADETOQUE.— A fe mía, bien hallados. Vamos, sentaos, sentaos, y venga una canción.

PAJE 2º.— No nos haremos de rogar. Sentaos en medio.

PAJE 1º.— ¡Ea!, a cantar, amigo, sin toser, ni escupir, ni decir que estamos roncós, que todo eso no suele servir sino de prólogo a una mala voz.

PAJE.— ¡Bien, bien! Y ambos en un mismo tono, como dos gitanos sobre un rocín.

## CANCIÓN

*Salió un zagal con su pastora bella,  
Con un ¡ay!, con un ¡eh!, con un ¡ay!, ¡qué placer!  
Los trigos a pisar con leve huella,  
En el mes de las flores, el dulce mes de amores,  
Cuando las aves cantan sin desmayo:  
Es grato al pecho amante el mes de mayo.*

*Y en los rastros verdes del centeno,  
Con un ¡ay!, con un ¡eh!, con un ¡ay!, ¡qué placer!  
El lindo par se echó de dicha lleno,  
En el mes de las flores, el dulce mes de amores,  
Cuando las aves cantan sin desmayo:  
Es grato al pecho amante el mes de mayo.*

*Cantaron luego dulce melodía,  
Con un ¡ay!, con un ¡eh!, con un ¡ay!, ¡qué placer!  
Cómo es la vida breve flor de un día,  
En el mes de las flores, el dulce mes de amores,  
Cuando cantan las aves sin desmayo:  
Es grato al pecho amante el mes de mayo.*

*Aprovechad, pues, la sazón presente,  
Con un ¡ay!, con un ¡eh!, con un ¡ay!, ¡qué placer!  
Que es cuando amor se muestra más riente,  
En el mes de las flores, el dulce mes de amores,  
Cuando cantan las aves sin desmayo:  
Es grato al pecho amante el mes de mayo.*

PIEDRADETOQUE.— Por cierto, caballeros, que, aunque la letra no dice gran cosa, no obstante el canto estuvo bastante desafinado.

PAJE 1.º.— Os engañáis, hidalgo; fuimos a compás, no perdimos el tiempo.

PIEDRADETOQUE.— Sí tal, a fe mía, pues tengo por tiempo perdido el que se emplea en escuchar tan estúpida canción. Quedad con Dios, y que él os afine las voces. Ven, Tomasa.

(*Vanse.*)

#### ESCENA IV

*La selva.*

(*Entran el DUQUE, AMIENS, JAQUES, ORLANDO, OLIVERIO y CELIA.*)

DUQUE. ¿Y crees, Orlando, que el mancebo sea capaz de dar a tanta empresa cima?

ORLANDO. Lo creo a veces, otras no lo creo: Bien como aquel que al esperar recela, Y sabe que es fundado su recelo.

(*Entran ROSALINDA, SILVIO y FEBE.*)

ROSALINDA. Paciencia, en tanto que os ajuste el pacto. ¿Decís que si os presento a Rosalinda, Daréisla por mujer a Orlando, Duque?

DUQUE. Sí, y aun teniendo un reino en qué dotarla.

ROSALINDA. ¿Y vos la tomaréis, si os la presento?

ORLANDO. Sí, y aunque fuera rey de todo el orbe.

ROSALINDA. ¿Y vos me tomaréis, si yo os quisiere?

FEBE. Sí tal; aun cuando a la hora me muriera.

ROSALINDA. ¿En cambio, si rehusáis mi indigna mano, Daréis la vuestra al fiel pastor que os ama?

FEBE. Tal es el trato.

ROSALINDA. ¿Y vos decís que a Febe Por vuestra tomaréis, si quiere ella?

SILVIO. Y aunque morir fuera uno con tomarla.

ROSALINDA. Yo os prometí que lo allanara todo. Cumplid vuestra palabra y dadla, Duque. Y vos la vuestra, Orlando, de tomarla. Febe, cumplid la vuestra de esposarme, O, si rehusáis, con el pastor de uniros. Cumplid la vuestra, Silvio, de esposarla, Si me rehusa a mí. Yo parto al punto: Voy a desvanecer tamañas dudas.

(*Vanse ROSALINDA y CELIA.*)

DUQUE. Descubro en las facciones de ese mozo Rasgos que me recuerdan a mi hija. Señor, al verlo por la vez primera, Le tuve por hermano de esa dama. Pero el rapaz nació en la selva, Duque, Y ha sido aleccionado en rudimentos De ciencias atrevidas por su tío, Que él dice ser un mágico profundo Que vive obscurecido en estos montes.

(*Entran PIEDRADETOQUE y TOMASA.*)

JAQUES.— Sin duda nos amaga un segundo diluvio, y estas parejas acuden al arca. Aquí viene un par de animales rarísimos que en todas las lenguas se llaman necios.

PIEDRADETOQUE.— Salud y felicidad a todos.

JAQUES.— Querido duque, dadle la bienvenida: éste es aquel hidalgo de ingenio abigarrado con quien he tropezado tantas veces en la selva; jura que ha sido cortesano.

PIEDRADETOQUE.— Si hay alguien que lo dude, que me sometan a un examen. He bailado un minué; he lisonjeado a una dama; he sido taimado con mi amigo y dócil con mi enemigo; he arruinado a tres sastres; he tenido cuatro pependencias, y estuve a punto de dirimir una a cuchilladas.

JAQUES.— ¿Y ésta, cómo se arregló?

PIEDRADETOQUE.— A fe, nos juntamos, y averiguamos que la riña procedía de la séptima causa.

JAQUES.— ¿Qué es eso de séptima causa? Duque mío, dispensad vuestra protección a este bellacó:

DUQUE.— Me agrada en extremo.

PIEDRADETOQUE.— ¡Dios os lo pague, señor! Os deseo otro tanto. Me he colado aquí entre la turba de las demás parejas campesinas, a fin de jurar y perjurar, según y conforme ligue el matrimonio y desligue la sangre. Una pobre doncella, señor; algo feúcha, señor, pero mía propia; fué un modesto capricho mío, señor, cargar con aquello que nadie quería: la opulenta honestidad, señor, vive como el avaro en casa pobre, como la perla en fea ostra.

DUQUE.— A fe mía que es listo y sentencioso.

JAQUES.— ¿Y la séptima causa? ¿Cómo averiguasteis que procedía la riña de la séptima causa?

PIEDRADETOQUE.— Por una mentira siete veces rebatida —y ese cuerpo, Tomasa?; ponte derecha, mujer— *verbi gratia*, señor. No podía sufrir el corte de la barba de cierto cortesano, quien me mandó decir que si yo afirmaba que su barba no estaba bien cortada, que él opinaba que sí lo estaba; esto se llama la respuesta cortés. Si yo volviese a contestar que no estaba bien cortada, él me contestaría que la cortaba a su gusto; esto se llama la pulla sutil. Si vuelta otra vez con que no estaba bien cortada, él me declararía incapaz de juzgar: esto se llama la réplica grosera. Si vuelta con que no estaba bien cortada, me contestaría que faltaba a la verdad: esto se llama la reprobación valiente. Si vuelta con que no estaba bien cortada, me diría que mentía; esto se llama la contradicción arrogante; y así hasta el mentís condicional y el mentís directo.

JAQUES.— ¿Y cuántas veces le dijisteis que su barba no estaba bien cortada?

PIEDRADETOQUE.— No me atreví a ir más allá del mentís condicional, ni él tampoco se atrevió a darme el mentís directo, de suerte que medimos nuestras espadas y nos separamos.

JAQUES.— ¿Sois capaz de citarme ahora los grados de la mentira por su orden?

PIEDRADETOQUE.— ¡Oh hidalgo!, reñimos por letra de molde, por el libro, como hay libritos de buena crianza. Yo os citaré los diversos grados. Primero, la “respuesta cortés”; segundo, la “pulla sutil”; tercero, la “réplica grosera”; cuarto, la “reprobación valiente”; quinto, la “contradicción arrogante”; sexto, el “mentís condicional”; y séptimo, el “mentís directo”. Todos éstos se pueden evadir, menos el mentís directo, y éste también se puede evadir mediante un Si. Me acuerdo de un caso en que siete jueces no acertaban a arreglar una pendencia; pero en cuanto los adversarios se hubieron encontrado, se le ocurrió a uno de ellos un Si, como si dijéramos: “Si dijisteis vos tal cosa, entonces yo dije tal otra”; y se dieron las manos y se juraron fraternal amistad. El Si es un gran pacificador: hay mucha virtud en el Si.

JAQUES.— Decid, ¿no es un excelente muchacho, Alteza? Entiende tan bien de todo; y, sin embargo, no es más que un bufón.

DUQUE.— Se sirve de su bufonería a guisa de buey de cabestrillo; enmascarado con ella dispara sus pullas.  
(*Entran HIMENEO, ROSALINDA y CELIA. Suena una música solemne.*)

HIMENEO. Hay júbilo en el cielo  
Cuando en el bajo suelo  
Se trueca en dicha el duelo,  
En paz la guerra.  
Recibe a tu hija amada,  
Duque, que, engalanada,  
Himen de su morada  
Trajo a la tierra.

ROSALINDA. Para que unieras luego en lazo estrecho  
Su mano a quien amante dió su pecho.  
A vos me entrego, Duque, pues soy vuestra.  
A vos me entrego, Orlando, pues soy  
[vuestra.

DUQUE. Si es cierto lo que miro, sois mi hija.  
 ORLANDO. Si es cierto lo que miro, sois mi amada.  
 FEBE. ¡Si lo que miro es cierto,  
 Mi dulce amor, has muerto!  
 ROSALINDA. (Al DUQUE.)  
 Si no es a vos, por padre a nadie quiero.  
 (A ORLANDO.)  
 Si no es a vos, por dueño a nadie quiero.  
 (A FEBE.)  
 Si no es a vos, mujer alguna quiero.  
 HIMENEO. ¡Callad!, no más desorden:  
 Yo soy quien todo en orden  
 Al punto he de dejar.  
 Son ocho los que veo  
 Que el lazo de Himeneo  
 Acuden a estrechar.  
 (A ROSALINDA y ORLANDO.)  
 Viviréis en dulce calma.  
 (A CELIA y OLIVERIO.)  
 Vos y vos como alma en alma.  
 (A FEBE.) Vos con él debéis juntaros,  
 O con hembra al fin casaros.  
 (A PIEDRADETOQUE.)  
 Vos con ella en firme nudo,  
 Como invierno y tiempo crudo.  
 Tiernos himnos entonando,  
 Vayan todos preguntando  
 De este inesperado enlace  
 El comienzo y desenlace.

## CANCIÓN

*De Juno es la coyunda alma corona:  
 Vínculo y santa unión de mesa y lecho.  
 Himeneo es quien puebla cada zona:  
 Honrad del matrimonio el lazo estrecho.  
 El orbe entero tu virtud pregona,  
 Dulce Himeneo, dios de cada zona.*

DUQUE. Vengáis con bien, sobrina muy querida.  
 Sed, hija, vos, no menos bien verida.  
 FEBE. Palabra he de cumplir, ya que eres mío,  
 Cediendo a tu firmeza mi desvío.

(Entra JACOBO DE BOYS.)

JACOBO DE BOYS. Por dos palabras sólo dadme audiencia.  
 Soy del viejo Roldán hijo segundo,  
 Y nuevas traigo a tan feliz escuadra.  
 El duque Federico habiendo oído  
 Que hombres de gran valer de día en día  
 Llenaban esta selva, sin demora  
 Juntó un valiente ejército, y en marcha  
 Se puso a su cabeza con intento  
 De prender a su hermano y darle muerte:  
 Y hasta el confín llegó de esta espesura;  
 Do se encontró con un devoto anciano  
 Quien le hizo renunciar, tras breve ins-  
 [tancia,  
 A tan nefanda empresa, y aun al mundo.  
 El trono lega al expulsado hermano;  
 Y a cuantos le siguieron en destierro  
 Devuelve sus haciendas. Con mi vida  
 Respondo de ello.

DUQUE. Bien venido, ¡oh, joven!,  
 La boda a coronar de tus hermanos:  
 Al uno ofreces su embargada hacienda;  
 Toda una tierra al otro, un gran ducado.  
 Primero demos fin en estos montes  
 A lo que en ellos fué con bien urdido,  
 Con bien inaugurado; y luego todos  
 Y cada cual de nuestra alegre escuadra  
 Que con nosotros al rigor se expuso  
 De crudas noches y penosos días,  
 Comparta nuestra suerte inesperada,  
 Según de cada cual competa al rango.

Dad al olvido en tanto tal grandeza,  
 ¡Y a festejar con rústica franqueza!  
 Música suene, y bailen a porfía  
 Novios y novias, colmos de alegría.  
 Hidalgo, con perdón. Dijisteis, creo,  
 Que abraza el duque religiosa vida.

JAQUES.

JACOBO DE BOYS. Sí tal.

JAQUES.

Con él me voy. De estos conversos  
 Mucho hay que oír, y que aprender hay  
 (A DUQUE.) [mucho.  
 A vos os lego a vuestra gloria antigua:  
 Virtud, paciencia tanta la merecen.  
 (A ORLANDO.)  
 A vos a un fiel amor, del cual sois digno.  
 (A OLIVERIO.)  
 A vos a vuestra hacienda, esposa y deudos.  
 (A SILVIO.)  
 A vos a largas nupcias bien ganadas.  
 (A PIEDRADETOQUE.)  
 Y a vos a peloterías conyugales;  
 Pues para la excursión de amor que em-  
 Para dos meses viveres no llevas. [prendes,  
 Quedaos, pues, entre júbilo y festejos;  
 No estoy yo para bailes y cortejos.  
 Espera, Jaques.

DUQUE.

JAQUES.

¿A festejar? Por nada.

Mandadme, en vuestra cueva abandonada.

(Vase.)

DUQUE.

Empiece, pues, la fiesta placentera,  
 Y acabe el goce en dicha verdadera.

(Baile.)

## EPÍLOGO

ROSALINDA.— No es costumbre ver a la dama de epílogo, pero no es más inconveniente que ver al galán de prólogo. Si es verdad que el buen vino no ha menester rama, será verdad también que una buena comedia no ha menester epílogo; sin embargo, el buen vino se suele pregonar con buenas ramas, y una buena comedia resulta mejor con la ayuda de un buen epílogo. ¡Cuán grande debe ser mi apuro, cuando ni soy buen epílogo, ni puedo insinuarme con vosotros en pro de una buena comedia! Mi traje no es de mendigo, y por tanto, no me estará bien el mendigar; no me queda otro recurso que el de conjuraros; y empezaré por las mujeres. Os encargo a vosotras, ¡oh mujeres!, por el amor que tenéis a los hombres, que gustéis de todo cuanto os plazca en esta comedia; y os encargo a vosotros, ¡oh hombres!, por el amor que tenéis a las mujeres (y advierto en vuestro modo de sonreír que ninguno las aborrece), que entre vosotros y las mujeres agrade la comedia. Si fuera mujer, besaría a cuantos entre vosotros tuviesen barbas que me agradasen, caras que me gustasen, y alientos que no me repugnasen; y estoy segura que cuantos tengan buenas barbas, o buenas caras, o aliento suave, se apresurarán, en pago de mi cortés ofrecimiento, al hacer yo una reverencia, a despedirme con cordialidad. (Vase.)

FIN

DE

COMO GUSTÉIS